



MERCADO MUNICIPAL DE VALDEPEÑAS (CIUDAD REAL)

## Leyendas de La Mancha

SANTIAGO BALLESTEROS

**D**iana! ¡Anda con él!, ¡Venga!  
 –Calla, no soliviantes a la perra, déjala que trabaje ella sola. Tiene que haber, por huevos, dos o tres conejos en este regero.

Suena un disparo.

–¡Muy bien!, ¡olé ahí! Lo has hecho bicarbonato. Ése tiraló, no podemos llevar al mercado un conejo tan reventado como ése.

–Lo siento, me he precipitado.

Chau, Chau, Chau... (La perra yate).

–¡Ahí lo llevas Antonio!, ¡ten cuidado con la perra, que la llevas encima!

Suenan dos disparos.

–¡El muy cabrón! Me ha sacado las dos píldoras y se ha ido tan fresco. A ver si afinamos, no podemos ir al pueblo con una liebre y dos conejos.

.....

–¡Muy bien, Diana!, hoy te has portado.

–Total, salimos a siete conejos uno y otro a cinco y una liebre. ¿Qué quieres?

–Los conejos, en mi casa, no pueden ver la carne de liebre.

–Los otros ocho que quedan los vendemos y con lo que saquemos compramos cartuchos, ¿de acuerdo?



-Estupendo, ¡venga!, nos vemos la semana que viene. Hay que ir a darle un repaso al Vallejo Gabriel y a la Loma Gallego. Me ha dicho mi tío que no le van a dejar sana una mata de tomate.

-En la plaza, a la una.

.....

Son las cuatro de la tarde y el cielo tiene ese color amable, blanco y gris de los días de lluvia de la primavera. El paisaje se presenta tan abrupto y poco uniforme como los propios montes. Y un muchacho, a caballo entre la niñez y la madurez, en plena berrea de su adolescencia, aparece sentado en la plaza de una ciudad de provincias cualquiera. Podría ser otra, pero es Valdepeñas. Su rostro sencillez, aunque alejado de la simpleza, escruta una por una las cuatro calles que desembocan a la plaza. Como inquieto, pasea de un lado a otro del Ayuntamiento imitando al recluta que será en el futuro. Su mente se destensa, otro muchacho de su misma edad aparece en escena y se dirige a él.

El otro muchacho viene acompañado por un perro, un perdiguero de manchas rojas sobre manta blanca. El animal se llamaba Diana, como casi todas las perras de por allí.

-¡Lo siento!

-¡Ya era hora! Cinco minutos más y me largo. De todas maneras tengo que ir a buscar a mi padre.

-¡Venga!, no me jodas.

-Date cuenta que has llegado tres cuartos de hora tarde.

-Vale hombre. ¿Quedamos esta tarde?

-Bueno, a las siete te llamo.

Con ese gesto entre mítico y teatral de las despedidas de la adolescencia ambos se alejan en diferentes direcciones. Uno no sabemos dónde. El otro, Antonio, se dirige a buscar a su padre.

Cruzando calles y plazoletas Antonio se encuentra de bruces con el silencio impuesto de las plazas manchegas. Un soporte de piedras y cemento recubre el suelo de la misma, en donde una fuente de homenaje al vino preside el corazón de la plaza recordando el carácter de esta tierra. La iglesia se alza súbita e incomprensiblemente por encima de un paisaje arquitectónico de balconadas corridas y soportales de piedra y cal. Y eterno en el aire, el olor a geranio y sol de los pueblos de la castilla meridional, en una plaza poblada de jubilados y camiones que van y vienen a la puerta del mercado que queda justo enfrente de la "Casa Consistorial", como reza el friso de la entrada del edificio. Un edificio que quiso imitar el talante arquitectónico del Congreso de los Diputados en Madrid y que mira saturado de palomas a esta Plaza llamada de España. Y al adentrarse en los soportales, inconscientemente, entra en un callejón angosto en el que reza la leyenda "MERCADO MUNICIPAL". Es el mercado de abastos, un edificio bajo, de dos plantas, que parece ocupar toda la manzana. Un edificio con olor a fruta, a pescado, con un cierto sabor a libro viejo. En la puerta, una gitana ataviada con el uniforme de falda larga y ajustada ofrece ajos a todo transeunte que entra en su jurisdicción. No falta tampoco la voz tosca y retirada del vendedor de cupones de lotería, o ocupado en la agotadora tarea de poner y sacar sus guantes una y otra vez, como si de algo vital se



tratará. De vez en cuando, éste saca un celta sin boquilla del bolsillo y atento acude el vendedor de espárragos del pueblo de al lado con el que comparte tribuna. Éste último, inmóvil, con una actitud de reloj de sol y ejecutivo ve pasar a la gente toda la mañana a los puestos del mercado con su carga de monte entre las manos.

Una vez que Antonio ha superado la puerta, se encuentra de bruces con los puestos del pescado, los puestos de Pescaderías Cantábricas. Con curiosidad, mira los peces. En especial, le han llamado la atención los cangrejos o el enorme corte que seccionó el cuerpo de la ternera de mar. En un pasillo de azulejos blancos, con cierto aire de enfermería de plaza de toros, Antonio sigue su camino. Se ha parado de nuevo en otro puesto, el de la caza. A modo de Hércules Poirot manchego, examina atentamente las piezas que cuelgan de una barra de aluminio que atraviesa el puesto de un extremo a otro. Antonio se recrea contemplando los colores de los animales, en especial la perdices colmadas de tonos pardos en el torso y una rica paleta de rojos, azulados, plomo, naranjas..., en el pecho.

La tendera le increpa:

-¿Qué, Antonio? ¿Hoy no traes nada?

-No, señora Aurora. Esta semana no he podido salir al campo.

Después, ajeno a las voces entrecruzadas de amas de casa, vendedores y transportistas, Antonio sigue caminando. Rodeado de mujeres armadas de carrillos de la compra que deambulan de un puesto a otro sin más amenaza que la hora de la comida.

Resulta curioso como el paso del tiempo ha ido bajando con un carácter definitivo las persianas metálicas de los puestos del mercado. Unos jubilados, otros enterrados, otros emigrados a zonas de mayor prosperidad económica y, fija en la memoria de todo el que pasa por delante, la imagen de Elisa, la mujer anciana vestida de negro con un puesto de carnes por delante. Una mujer eminentemente viuda como parece pregonar el retrato de tonos sepías que cuelga una de las paredes. Un retrato inusual, porque lo ortodoxo, en un lugar como éste, sería un poster-calendario pegado en los azulejos blancos del puesto.

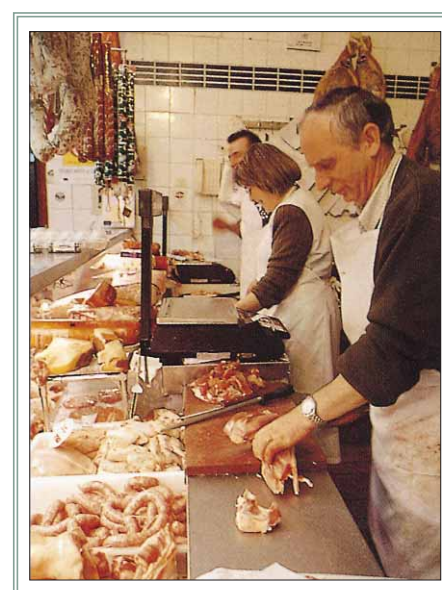
Antonio se para de nuevo. Esta vez frente a un puesto de carnes. De carnes que poseen la tonalidad rosácea y suave de los corderos y chivos del Valle de Alcadía. El inmenso y manso valle que fracciona salvajemente el paisaje manchego hasta los Montes de Fuencaliente.

-¡Eh! ¿Hay alguien?

Por arte de birlibirloque, un señor de mediana edad, que luce un delantal de listas negras y verdes sale de detrás del mostrador y susurra:

-¡Pasa! Llegas tarde. ¿Con quién te has entretenido hoy?

Antonio no contesta. El señor, tampoco; y prosigue su tarea con toda normalidad al tiempo que el niño se emboba viendo como aquel asesta golpetazos con una cuchilla a un chuletero de cabrito con un ritmo de segundero de reloj.





Una vez terminado, el señor del delantal, que porta un pequeño bigote negro, se dirige otra vez a Antonio.

-¡Anda! Ayúdame a recoger. Coge el cepillo y ve barriendo. Ahora pasaré la fregona y nos vamos.

-¿Vamos a ir esta tarde al campo?

-Ya veremos. A ver que dice tu madre. Es capaz de tirarme la zapatilla a la cabeza si le digo que nos vamos otra vez, pero en fin, se verá.

.....

-La tarde está buena. Hace un rato que ha llovido y ahora sale el sol. Es fácil que veamos un bicho. Este sitio es extraordinario, sobre todo ahora, en esta época. Los animales todavía no están tirados y este año la comida no es abundante.

Un mochuelo empieza a cantar y, poco a poco, entre el mochuelo y las hurras que pasan para buscar sus dormideros, la tarde va cerrándose y la noche entra también poco a poco.

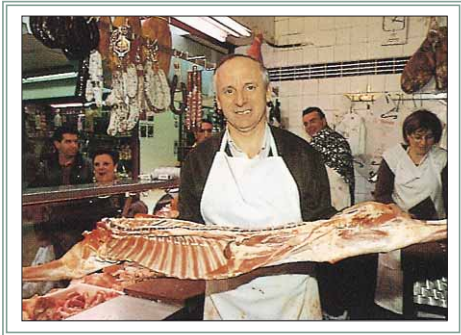
-Hay mucha hierba. No veremos a los animales hasta que se nos metan encima.

-¿Ves esa encina que hay detrás del prado?

-Sí, la primera después de la raya del monte.

-Esa. Ahí mate el primer venao. Tu tío y yo vinimos a esperar a los guarros varias noches. Sabíamos que había reses, había rastros por todas partes, una noche incluso estuvimos a punto de tirar un guarro enorme, un macho viejo que no quiso dar la cara y no salió de la raya del monte. ¡Debió barruntárselo! Se quedó en el monte y no tuvo cojones a salir al raso. Tenía que ser enorme por el monte que mecía a su alrededor. Pero, no. Fue el último día de tres que estuvimos en el cortijo de ahí abajo cuando vimos aquí algún bicho. Y no fue esperándolo, sino recechándolo. Aquella mañana íbamos de culo. Creíamos, cuando llegamos aquí, que era ya demasiado tarde porque nos dormimos. ¡Manda cojones!, para un día que tiene uno libre para cazar, todavía estamos solteros, encima se duerme. Nada, luego no encontramos uno de los dos caballos

que teníamos para subir a la sierra desde el cortijo, el muy..., estaba en celo y decidió pasar el tiempo en mejor compañía. Tuvimos que coger un percherón, "el percheriqui", tu tío iba a la grupa y yo adelante, sólo llevabamos su gastado rifle del 270. A unos quinientos metros de este lugar dejamos el caballo atado a una charneca. Montamos el rifle y subimos a lo alto de la cuerda. El aire iba bien, pero era tarde, el sol estaba a punto de salir, pero ya que estamos allí teníamos que bajar por huevos. Echamos a suertes a quién le tocaba tirar, afortunadamente me tocó a mí, tu tío por aquel entonces estoy seguro que hubiera fallado lo que tuviera delante. No daba una. Subimos a lo alto de la cuer-



da; -no sé si esto ya te lo he dicho- luego, empezamos a bajar al valle sin hacer ruido por esa vereda de ahí. Tu tío, como si fuera paseando por la plaza mayor delante de mí, y yo detrás, con el Santa Bárbara al hombro. En esto, que miro a la derecha y no me lo creo, ¡cojones!, había seis o siete ciervos pastando a la orilla del monte. Sin pensarmelo me eché la escopeta, esto..., el rifle a la cara y ¡poom!... Al bicho que le tiro ni se mueve. Descerrojo el rifle y vuelvo cargar y tu tío, estupefacto, porque ni siquiera le había avisado. Apunto otra vez, y ¡poom!... El bicho se desploma, empieza a patlear y tu tío nervioso pidiéndome el rifle para tirar a las ciervas que había al lado. El Santa Bárbara se atasca, ¡el muy maricón! Aquel día podíamos haber cobrado tres o cuatro reses si no se hubiera encasquillado. Por fin, consigue meter la bala en la recámara, pero el ciervo se había levantado tras caer como un trapo. La manada había desaparecido tras una charneca y volvió a aparecer a más de doscientos metros cruzando el valle. Tú tío tiró otro viaje sin posibilidad, estaban ya bastante largos y además iban corriendo. Después nos volvimos locos buscando sangre en el sitio en que se desplomó el venado. Nada, y venga a buscar, y venga a dar vueltas y a ponernos más y más nerviosos por si venían los guardas. Total, que tuvimos que salir de allí por patas sin ver nada. ¡Hay que joderse!, me repetía yo una y otra vez.

El muchacho escucha con los ojos abiertos, sin parpadear.

-¡La madre que lo parió!, ¡la madre que lo parió!, será... Después de estar en el suelo va y se levanta como si nada, me repetía yo una y otra vez. Y tu tío, terco; ¡coño!, que le has dado, que le has pegado por encima de la paletilla.

No podía creer que hubiera fallado ese tiro a ochenta metros escasos con el venao parado y sin menearse.

Cuando llegamos al cortijo, Rafael, el vaquero, nos preguntó:

-¿Qué pasa? ¿Habéis visto algo? (Acababa de llegar).

-¡Que leche! Hemos tirado un bicho y no lo hemos podido cobrar.

Rafael rió socarronamente. Se sabía superior en este tema. Nosotros estábamos empezando y el llevaba ya unos cuantos guarros a las espaldas.

-Desde luego, ahora es la mejor época, y vais y guarreáis aquello.

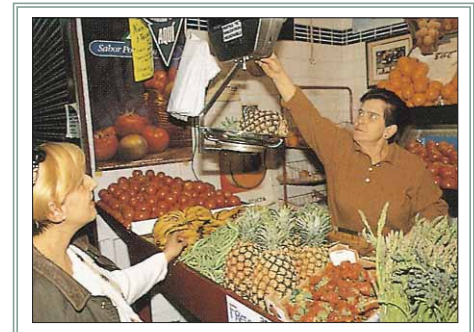
-¡Qué coño!, ¡qué no, que le hemos dao, que el bicho se ha caído y a empezao a patlear en el suelo y luego se ha levantao.

-¡Ya ves!, dijo de cachondeo.

Nosotros nos mirabamos y tu tío dijo:

-Vamos a ir con la perra a ver si coge el rastro.

En esto llegó Quico, el pastor, que sabía del tema porque había tenido una rehala hasta el año anterior, y nos aseguró que el bicho estaba muerto.





Una vez en el sitio, dijo:

-Ahí, un poco más allá.

-¿Aquí?

-Un poco más allá

Cuando llegamos al sitio con la perra, con Paquirra, que luego mató un coche, fue llegar y encontrar el bicho panza arriba veinte metros más allá de donde lo habíamos tirado, apenas había tenido tiempo de andar una veintena de metros. Lo suficiente para desplomarse detrás de una mata y que no lo vieramos caer.

Y por fin encontramos la sangre. Había un regero enorme. El venado tenía dos tiros, el primero en el cuello, del que ni se enteró, y el segundo en la paletilla. Después nos vimos negros para subirlo al cortijo, pero eso ya te lo contaré.

-Schhh..., se oye algo

.....

Días más tarde y ya última hora, acabada la faena en el Mercado y una vez descabezada la sagrada hora de la siesta, Antonio y su padre pasean por un paraje conocido como la Loma del Batán. El paisaje, vomitando tonos verdes, pone de vez en cuando una nota de color de mano de cantuesos, jarámagos o amapolas o incluso algún tractor, que pone ritmo al movimiento inmóvil del terreno.

Sobre la alfombra parda del suelo de un olivar, los dos caminan deteniéndose de vez en cuando para observar la cosecha que el árbol presenta hogaño.

Como tantas tardes, los dos se sientan en un mojón en lo alto de la loma. El silencio del monte pone texto a sus conversaciones, y la naturaleza coqueta, tocada de un aire femenino que la hace más atractiva, da rienda suelta a su inquietud y regala al espectador sus sonidos de agua y cielo.

Padre e hijo se levantan y encaminan sus pasos de nuevo al olivar. Repiten sus gestos, incluso su conversación. Antonio se ha quedado mirando a un árbol. Parece un almendro, pero sin embargo se encuentra rodeado de las espigas verdes del enebro.

El almendro está lleno de la primavera, ha mudado las flores blancas de Febrero. Y sin embargo, está de gala, ajeno a las nubes de la sierra. Debajo, rodeando su tronco hasta la cruz, hasta el lugar en que todos los árboles abren sus brazos y los airean al viento, un enebro sacrificado parece querer proteger al almendro guardando que nadie se acerque.

El conjunto tiene cierto aire surrealista.

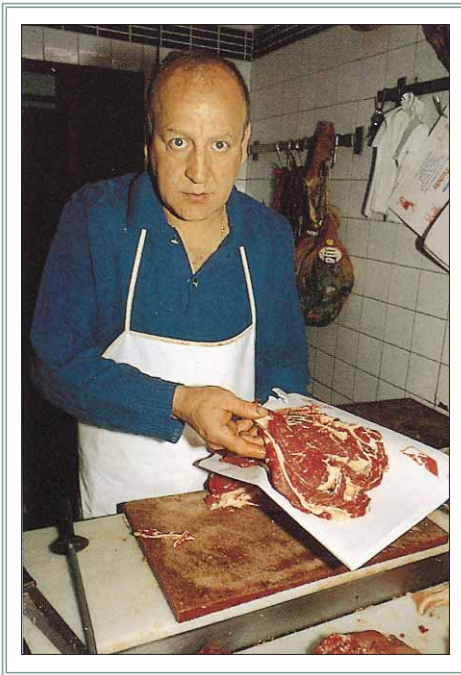
-Padre ¿qué árbol es este?

-¿Un almendro?, ¿un chaparro?

-No hijo, no es un chaparro, aunque sí un almendro. Lo otro, lo de abajo, es un enebro.

-Pero, padre, ¿por qué no arranca usted estos dos árboles que no dejan crecer a los olivos de alrededor?

-Por respeto, hijo, por respeto.



–Respeto ¿a qué?, pregunta Antonio de manera ingenua.

–Respeto a la memoria de los muertos, a su recuerdo. Antes de que me preguntes prefiero relatarte el simbolismo de esta figura y porque a nadie que ha labrado esta tierra se le ha pasado por la cabeza arrancarlos. Me contaba mi abuelo que en los tiempos de Pinales y el Bizco de Borge, que como ya sabes pasaban por aquí por la cercanía de la sierra, hubo un muchacho del pueblo y una muchacha.

Se enamoraron, como suele suceder. Él, como todos los de su quinta por aquel entonces, trabajaba en el campo. Unas veces como gañán, otras aventando, segando, trillando, cogiendo aceituna, tras la siega se dedicaba a ejercer de arriero por los caminos que llegan hasta Jaén; en fin, lo que diera el mes y el año. Ella se dedicaba a ayudar en su casa, realizando las tareas propias de las mujeres de antaño, sin descartar por su supuesto echar una mano en el campo cuando era preciso.

Cada vez que podían, los dos venían a pasar la tarde, como nosotros ahora, a este lugar. Solían sentarse, me contaba mi abuelo en el rancho de piedra, antes de que esa enorme encina hubiera crecido. Y entre besos y palabras amables, pasaban las tardes. Sin prisa, sin celos. Pasaron los años y decidieron casarse. Cada uno continuaba con sus tareas, e incluso él, Roldán, que así se llamaba, había conseguido ahorrar algo en esos años y comprar esas tierras al señorito del pueblo, que por aquel entonces era Don Miguel. Pero éste, como suele suceder en estos pueblos, aburrido de la vida de provincias decidió marchar a la capital seducido por el juego y las mujeres. Y entre éstas y aquéllo se vió abocado a malvender las tierras a unos y a otros. Todo el mundo tuvo oportunidad de comprar, y por eso este pueblo mantiene una población más o menos estable, pues el que más y el que menos posee unas azas de tierra de cultivo.

Un día, Roldán fue al campo y no regresó a la hora de la cena, tampoco a dormir, ni fue a ver a la novia. Y pasó otro día y decidieron ir a buscarlo sus padres y hermanos a los lugares habituales donde iba.

A todo esto, ella había ido a buscarle por la mañana, por un no sé qué de corazonadas de las mujeres. No había dicho nada en su casa. Tan sólo calzó sus albarcas y siguió el camino de la Cuerda que es el que llega hasta aquí. El camino que sigue la linde del Cuco y pasa por las olivas que tiene el abuelo en el Charco el Maestro.

Los hermanos de él buscaron por la tarde, y fueron su padre y uno de ellos los que por casualidad encontraron a Roldán con el pecho atravesado por la estaca de un enebro seco y quebrado. Junto a él, con una rama de almendro quebrada, en el pecho, teñida del intenso color rojo de la sangre del campesino, estaba ella, tan blanca, tan simple, tan hermosa. Y al lado, contemplando la





escena muda, una mula torda hociqueaba de vez en cuando. La escena era brutal. Al parecer, y como dicen, ella encontró sin vida el cuerpo de Roldán, lo tuvo entre sus brazos con la misma ansia que la madre al hijo que nace muerto, incluso debió besarlo cuando todavía la juventud daba sentido a aquello y loca, desesperada, rompió una rama de un almendro seco y la clavo en sus carnes desapareciendo con Roldán.

Sus familias quisieron que se quedaran en este lugar, y los enterraron juntos. Ya no hay cruz, ni su sombra. Pero el tiempo hizo que de aquellos dos cuerpos brotaran este almendro y este enebro. Este es el monumento a los dos. Sin mármoles ni piedra, sencillo.

Dicho esto, padre e hijo desaparecen en silencio dejando a sus espaldas sierra y olivares hasta otro día. Nosotros, hasta siempre. ■

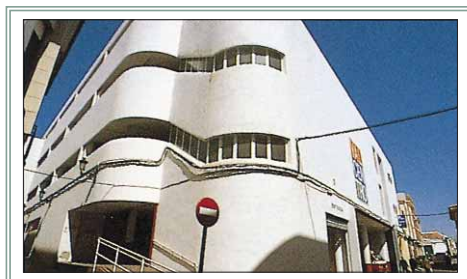
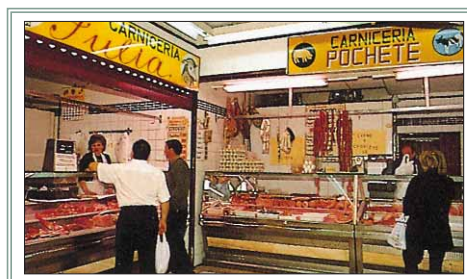
**SANTIAGO BALLESTEROS**  
 AGRICULTOR, PERIODISTA Y ABOGADO

## MERCADO MUNICIPAL DE VALDEPEÑAS

El actual mercado de Valdepeñas fue inaugurado en 1983, edificado sobre el antiguo mercado de abastos de la localidad. El Mercado actual, denominado VALCENTRO, se localiza en uno de los pasajes de la Plaza Mayor de Valdepeñas. Una plaza de sabor a enjalbe y azulete sobre soportales de piedra, a la sombra de la torre de la iglesia.

El edificio del Mercado consta de dos plantas, en las que se ubican unos 100 puestos de los cuales únicamente están en activo unos 33, incluyendo una oferta variada de fruterías, carnicerías, pescaderías, panadería, ultramarinos, etcétera.

La funcionalidad del montacargas y el olor a asfalto de su aparcamiento han sustituido a la piedra y las estructuras de acero del antiguo mercado del siglo XIX, que en su estructura recordaba a un sombrero,



del que sólo queda el recuerdo en la memoria de algunos, entre ellos Eusebio López, encargado del Mercado.

El Mercado atravesó su mejor época en sus primeros años de vida, notándose después la competencia de las medianas y grandes superficies comerciales que se han ido instalando en este municipio manchego de 35.000 habitantes. Otro de los problemas del Mercado es la dificultad de aparcamiento en la Plaza y sus alrededores. De

ahí que se esté planteando una posible reforma para hacer más competitivo al Mercado.

Como dato curioso, cabe destacar la importancia que tiene el Mercado de Valdepeñas en el comercio de carne de caza; que desde carnicerías instaladas aquí se exporta a todos los países de la Unión Europea, principalmente a Alemania. Una actividad en auge con posibilidades de crecer en el futuro.

